

La fragilidad de las criaturas aladas

Carlos Yoshimito

Habíamos andado, a lo menos, tres kilómetros desde Mazamari cuando vimos una nueva trocha desviando el camino. Los montes de al ladito se apretaban en una densa fronda, parecida a la espuma. Espuma verde era. Yo le había advertido a mi compadre Prudencio: si llegábamos a verla alguna vez nos íbamos a hacer ricos. Nos reíamos pensando en el tamaño que tendría la suerte de ser así. Tan poca cosa. ¿Se imagina? Dos mil dólares por una mariposita muerta. Nos reímos estirando las matas que se doblaban como si fueran pestañas con sueño. Pisándolas. ¿Se imagina? Ah, caray. Con eso, cargado en la cabeza, nos fuimos animando. Nos abríamos un sendero de maleza y chas chas crujía en los ramales y los frutos secos que no habían alcanzado a reventar salvo por los pies con que pisábamos. Caminando. Al comiencito, pues, el Eleodoro Mateos nos había acercado con su camioneta hasta la entrada del sendero. Eso, como diez kilómetros, le digo, al inicio de la caminata. ¿Y si no hubiera venido? Mejor no pensarlo; así ocurrió. En el momento, todavía alcanzamos a ver el revuelo del polvo que dejaba su camioneta mientras reculaba; alzamos la mano e imaginamos que él nos despedía también desde los espejos, moviendo, adiós, agitando la mano. Le pagamos por el viaje sin ahorrarnos casi nada; pensando en el precio de La Soberana que Prudencio había conseguido tasar, caminando, nos animábamos. ¿Dos mil dólares no le digo? Y la imaginación que se nos hacía ligera, como pluma. A ver si de una vez se nos casa con la Olinda, aprovechó mi compadre de decir, al ratito, cuando ya subíamos, sacudiendo el machete en la loma grande. Me casaré, ya verá, diciéndole. Pero quisimos evitar la comunidad por no ver nomás a los nativos de

Padre Biedma; porque ellos no nos vieran elegimos el campo cubierto que se veía medio crecido, allá, disimulado por la maleza. Por eso bordeamos, pues. Evitamos el atajo de la trocha y nos echamos hacia el Velo, subiendo el monte, bien arriba, intentando que no nos vieran. Hicimos así. Luego topamos con esa nueva trocha de la que hablo, ruta larga era. Subimos más de dos horas la loma, bordeando la montaña llena de matorrales y arbustos de shimbillo; los fustes altos de las lupunas, su follaje crespito, hasta que en cierto punto el camino ya no quiso seguir subiendo con nosotros y, plantándonos, acariciamos las bolsas, por primera vez, con el chorrito mojando el sobaco y la frente. Se puso difícil a esas alturas: mi compadre Prudencio, que venía detrás, apartó un matojo grueso, salvaje, y lo dejó inclinado así, saltado en mitad de la trocha, para que nadie nos siguiera el rastro. Eso pensó. Y a mí se me dio que sería buena idea. A poco, llegamos a un clarito, en el costado del despeñadero. Frente a él nos detuvimos y miré arriba y vi la cabellera verde. Se movía. Soplaba detrás una ventolera como de pulmón caliente; ese aire que se adelanta a la lluvia, que viene zumbando y luego se abre como si fuera hembra pariendo, quedito, como si fuera chola brava. Con decirle que ya tenía el polo amarrado a la frente y mi compadre miraba con los ojazos bien abiertos. Pronto empezaría a anochecer, dijo. Empapadito tenía el lomo mientras partimos las enredaderas con el filo de los machetes chas chas y seguimos. Dos horas estuvimos dándole así hasta que no quedó ninguna en pie. Cuando al fin liberamos el camino, vimos una hondonada tras la última claridad; y, más allá, al fondo, una cascada y un arroyo quieto que lamía su chapoteo. Podemos

acampar allá y seguir mañana, respondí, echando a caminar hacia el cauce. Desde allá arriba se veían las lajas grises, secas, que orillaban el río. El río parecía saltar con la inminencia de la lluvia que caería; crías de ave, parecía, levantando con hambre el pico. Prudencio, Prudencio, grité. Nomás al ratito apareció subiendo unas bolsas, el machete metido en el costado del pantalón, con mala cara, aquí, dijo el Prudencio. Vamos a acampar aquí y seguimos cuando pare la lluvia, repetí, señalando el río y el cielo tapado de nubes. Sí, dijo mi compadre. Limpiamos el suelo y hora y media después desandábamos en el claro. Estábamos a un paso de un riachuelo; pero la espesura del bosque parecía ponerle la mano en la boca a ese ruido que lamía el cauce y sólo se oían cantos de grillos y ranas croac croac que lloraban. Metí mi mano en el bolsillo y saqué una bolsita de piñas secas que la Melba me encargó. Come, le ofrecí al Prudencio. Con los ojos, nomás, me dijo que no: Estoy bien así. Pero se había recostado contra un árbol y vi que se tocaba la pierna, se rascaba, como si le hubiera picado algo.

Allá en Tarma, en las fiestas, la gente siembra el piso con pétalos de flores; bonitos los hay, con el arte para formar figuras, y yo mismo he visto a Jesucristo y a campesinos en sus chacras, flores de flores he visto allá, a la virgencita Dolorosa dando tumbos en el brazo del negro y a una señora que aplaudía con el rosario en la mano, bien hechecitos que los hacen, aplicados, recolectando las florcitas por el color que se imaginan meses y meses, y de toditas las comunidades venían, y todo para nada más que las pise el Señor de Muruhuay y los padres y los cargadores del cristo. Allá yo era profesor de primaria, señor. Pero no daba plata, todo el mes sufriendo para llegar a las cuentas y un día le dije a la Olinda, ¿y si nos vamos donde tu hermano? Él siempre insistía, por qué no te vienes, Prudencio, vamos a tirar troncos, Prudencio, ya compramos una casita, Prudencio. Y yo me veía las manos todavía duras y movía la cabeza. Además, ella quería ir. Tentían a ese primo suyo, el Tacuri, en San Ramón, era abogado. Y cada vez que yo le decía, la suegra movía los ojos, silenciosa, y yo sabía que ella se iría con nosotros, como sombra. Allá nació también Melissa. Un añito después. Bien que la vi crecer, señor. Aunque nos metíamos a la selva y pasábamos meses, al volver la veía, la carita chapocita, cada vez más grande, mi hijita. Por eso tal vez quiso la chola que me la trajera a la fiesta de San Ramón. Para agradecer, me dijo; ella misma había puesto una ofrenda en el manto del cristo. No había flores allí, pero a la virgencita, dijo la Olinda, la nena quiere verla, dos añitos nomás tenía, pero quería verla, aunque estoy seguro de que eso era cosa de la chola, esa insistencia suya. Y Nazareno otra vez me animó vamos a San Ramón, compadre, yo lo acompaño. ¿Dónde estaba ese conchasumadre entonces? En el baño estaría. Yo revolví los ojos, como loco,

buscando a la virgencita Dolorosa que ya se iba dando tumbos, se perdía, y yo con la plaquita de la chola para colgarle en el vestido. Pero la niña quería comer, tiraba mi pantalón, se arrugaba, lloraba. Te doy caña dulce y la chupas, le dije, oficial; pero no la comes, carajo. Cómo jodía. Ella con su cabecita, alegre, me dijo que sí. Aquí espera ahora, bien quietecita me esperas. Y ella otra vez con su cabecita me dijo que sí. La dejé en ese clarito, ahí, junto al poste, juntando las manitas sobre el vestido. ¿Hice bien? Dos minutos, le dije, y ella bien quietecita se quedó sentada mientras yo me iba, y la gente empujaba, oficial, pero yo miraba, volteaba la cabeza y miraba, sobre las cabezas miraba, el poste, la gente; cómo se iba, desde los baños, dijo Nazareno, y yo lo miraba irse.

Dos horas después sonaba la fogata y las carpas derechitas se sostenían entre dos sombras y una enorme raíz que saltaba del suelo y servía de asiento. Habían buscado el pelo más seco de las lupunas para acampar. Ya llovía. Metido en la selva, la lluvia era distinta, se dijo Pru-



Aquiles Ralli, Visiones del Perú

dencio. Hay gratitud en el tacto de las hojas y en el suelo que se empapa, mojadito. Todo parece abrir la boca. Como los peces a los que se les tiran migas. Y recordó a Melissa. Tiene que curarse esa pierna, compadre, dijo Nazareno. La tela bailaba delante del fuego, y, de cuando en cuando, un insecto se acercaba demasiado glotón y se chamuscaba con un ruido parecido al del fósforo. Al pelarse el pantalón vio nuevamente la herida grande; mordía el músculo. Fui a buscarle agua al riachuelo, pensó Nazareno. Ahora se lavará. Hojitas secas y ramas caídas en el suelo alimentan la candela. Lo vio lavarse. Al cabo sacaron la carne que habían salado sus mujeres y se pusieron a masticar, despacio, mirando la lluvia que caía. No vamos a volver, dijo Prudencio. Esto se cura con agua y jabón y luego hay que esperar a que coagule. Nazareno se recostó sobre una bolsa y lo vio lavarse. Fui a buscarle agua, pensó. Ahora no quiere volver. Vio cómo su cuñado rajaba una camiseta limpia y se enrollaba la herida con cuatro vueltas. Después se durmió. Era noche entrada y ya no llovía cuando sintió frío. Nazareno seguirá recostado afuera, pensó. Pero dentro de la carpa todavía se oía un goteo suave, y aunque tenía la cabeza caliente, sentía frío. Dios mío, susurró para sus adentros, si no salgo de aquí y la fiebre se me hace masa grande y caliente y se asienta sobre la frente. No estaba seguro, pero juraría que esa noche también había soñado otra vez con Melissa. Estaba de espaldas. Al otro lado de la lona el calor de la fogata todavía se movía con el mismo resplandor oscilante y los grillos lamían sus patas, y unas sacudidas en las ramas más altas, frailecitos serían, pensó, no había que tenerle miedo, y entonces lo oyó. El suelo estaba duro, sentía el relieve de piedras o ramitas, metidas bajo la espalda. Sintió el sudor cayendo por el cuello y, al tocarse, la espalda empapada y fría, cuando la sombra cruzó la tela una segunda vez y él la vio parpadeando, transparente, y oyó el mismo ruido. Suavecito bajó el cierre. Era grande, volaba como si remara, *ahí mismito. En el poste*. Dios mío, dijo Nazareno, abriendo los ojos, cruzado de repente por el vuelo de aquella enorme mariposa blanca que aleteaba cerca del fuego. No alcanzó a decir más, porque el revoloteo enfurecido de las mariposas, los cientos, miles de destellos dactilares que palmoteaban, flotando, en la oscuridad, le taparon la boca, o la cerró él mismo porque no se le metiera ninguna de esas lamparillas que flotaban mientras gritaba mi nombre y se perdía golpeando el vacío. Nomás alcanzó a decir, para que yo lo oyera bien: Dios mío, Prudencio, repitió. Un almita en pena. Santíguate por la gran puta. Gangueó todavía, buscándose en la oscuridad, y yo comprendí su miedo, y tal vez sin darme cuenta, lo comprendí: aquella mariposa tenía el color más blanco que yo hubiera visto en mi vida. *Ven, le dijo, ven, ven*. Y era tan blanca, aún en mitad de

esa noche compacta que nos caía encima, que ella misma, voleteando en el tembloroso resuello de la madera, entre las chispas de un crujido mal dado entre las cenizas que levantaba la acometida de las alas sobre la fogata, parecía un agujero perdido en la oscuridad, un agujerito en la puerta cerrada por la que nos habíamos atrevido a mirar y por la que habíamos visto demasiado. Se le ocurrió, en ese minuto de inanimada ofuscación, que buscaba su vacío, que era un vértigo blando, flotando en el aire. Alcancé a sacudirme el cuerpo, la boca, el cabello, dijo Prudencio. *Sin pensarlo, Melba, le agarré la manito, la subí a la moto*. Y allá, donde mi compadre se había erguido, o donde yo imaginaba su cuerpo, sacudiendo manos, brazos, hombros, cuello, derramando cabello, lágrimas, todavía dudé si no serían dos enormes ojos, prendidos a sus espaldas, los que me perseguían desde el sueño. Y si no estaría soñando y en el sueño mismo el tumulto de esas alas me llamaran para que abriera los ojos y mirara el sueño del que ya no despertaría. Parpadeé. Puta madre, no me vas a llevar, me dije bajito. Parpadeaba. Yo tenía apretado el dibujo en la oscuridad, lo había buscado a tientas cuando sentí el primer aporreo de mi compadre, con la boca abierta, y todavía la sentía, rígida, y la apretaba en la mano, media hora después, como si pudiera reconocer en ella su proporción y sus colores y sus formas moradas y amarillas y verdes y como si con el tacto, y no con los ojos muertos, alcanzara yo a mirar a través de ella en mis manos, ahora perdidas en la sombra. Creyendo ver esa multitud de alas perdidas, pensaba cómo encontraría a La Soberana, dónde empezaría si no era antes atrapándolas a todas y mirando, en el trasluz canicular del arroyo, el color que cada una de sus alas le había pintado en la espalda. Me sobrepuse y le dije a mi compadre: Trae las redes, Nazareno, carajo. Me levantaba a ciegas, tanteaba el suelo, me sobreponía al dolor de la pierna, cuando sentí el primer roce de una lámina fría en la cara, las redes, el calor en la cara; apura, conchetumadre. Y me sorprendió bajar mis manos y abrirlas y encontrarlas limpias, mis dedos limpios, mis uñas limpias, mis nudillos sin los rastros de una sangre que yo imaginaba cruzándome la cara detrás de ese roce afilado y frío. Sólo la forma licuada de mi miedo haciéndome actuar así. Sólo un instante, pensé. Un instante nomás y la caña de red que mi compadre había puesto a mi alcance se apretaba fuerte a mi mano. Olinda. Te juro. La apreté fuerte. Sí, la apreté fuerte, Olinda. Con ambas manos. *Le apreté fuerte la boquita con mis dos manos, gordita*. Con las dos manos, fuerte, fuerte, apreté, fuerte, *cerré la puerta*. Apreté. Y luego corté el cielo. **u**

Fragmento perteneciente a la obra en progreso *La fragilidad de las criaturas aladas*.